

El Salto Cuántico - Capítulo I (2da entrega)

Carlos Daniel Marchio



Capítulo 1

Pasó una accidentada noche durmiendo de a ratos, soñando en sus momentos de real descanso con su padre y su triste deceso. Despertó finalmente a las 5 de la madrugada, con las imágenes aún frescas en su mente. Primero, el rostro deshecho de su madre y sus palabras, entrecortadas por el llanto: —Edward, no sé cómo decirte esto... Tu padre se suicidó. Luego, el informe de los noticieros: “Esta mañana fue encontrado muerto el científico Joseph Norton, mientras cumplía arresto domiciliario por el Escándalo Conqueror. Aparentemente, se habría suicidado”. Así era. Su progenitor, abrumado por el insoportable peso de su error, había decidido dar por concluidos sus 92 años de vida el 24 de mayo de 2355. Su error... Un error que su descendiente llevaba tan a costas como aquel. Y ahora, con su actitud hacia una de las pocas entidades que le habían dado una oportunidad de empleo obviando el oscuro pasado, el primero sentía que había sido artífice de uno nuevo. “Al parecer se lleva en la sangre esto de fracasar”, pensó con amargura. En realidad, se trataba de un fracaso por partida doble. Al verse obligado a abandonar la Luna, también debería forzosamente abandonar su proyecto personal. No uno sino dos motivos habían llevado a Edward Norton a radicarse allí. El primero, conocido, era la docencia, medio por el cual lograba en secreto acercarse al segundo: intentar lavar la mancha que perseguía a su apellido. Su visa laboral lo habilitaba también a trabajar ad honorem en el Centro de Investigaciones de la base de la NASA, posibilidad que aprovechó con el objeto de recabar la mayor cantidad de información posible acerca del Proyecto Conqueror. Naturalmente, esos y otros tantos archivos solo estaban al alcance del reducido personal autorizado: Mirko Orok (un serbio a cargo de la Dirección), Samuel Johnston (responsable de Operaciones) y Emma Ridley (jefa de Proyectos). Norton estaba bajo las órdenes de la doctora Ridley, una mujer simpática e inocente a pesar de su larga experiencia en la vida. No le resultó una tarea complicada ganarse su confianza. Con el tiempo, logró eso y mucho más... Sabía perfectamente que no conseguiría los datos que buscaba por boca de ella siendo un simple amigo, por lo que optó por llevar a cabo la estrategia de cortejarla. Tanto él (que encaró la delicada labor sin otro motivo que el de conseguir la información) como ella decidieron mantener su relación en secreto de común acuerdo; de saberse, hubiera causado un revuelo colosal y Norton se hubiera visto obligado a retirarse mucho antes, junto con su compañera. Durante una de sus noches íntimas, había conseguido que su amante le revelara inconscientemente su clave personal. A partir de su obtención,

pasó noches enteras en su oficina frente a la computadora, en las cuales logró recoger una enorme cantidad de información aunque no la suficiente como para proveerse, a través de cálculos matemáticos, de las coordenadas que posibilitaran la ubicación actual de la nave. Esta tarea no resultaba complicada contando con los elementos necesarios, pero sí imprescindible, ya que dos años y tres meses después del desastre que involucrara a su padre, se había perdido todo contacto con ella a causa de una nueva falla. Los esfuerzos volcados en su momento para hacerlo posible habían sido por demás infructuosos. El destacado profesor de Astronomía se veía obligado entonces a continuar sus investigaciones de forma independiente desde Marte.

2.

Le llevó toda la jornada empacar sus pertenencias. Consiguió pasaje al Planeta Rojo para la mañana siguiente; el éxodo masivo se produciría 48 horas más tarde, luego de la celebración de fin de curso de los estudiantes.

A las 6 de la mañana del día siguiente, Edward Norton arribó al salón que la base de la NASA destinaba a preembarques y arribos, dado que la Luna carecía hasta la fecha de cualquier otra edificación destinada al albergue de las potentes máquinas de transporte

al menos hasta el año entrante, época para la cual estaba prevista la inauguración de un cosmopuerto internacional independiente.

Una vez en su asiento, se relajó y aguardó la cuenta regresiva. Tras esta, los motores del pequeño cohete se encendieron, dando inicio a una travesía que se prolongaría por ocho días. Desde su ventana, dedicó un último vistazo a la Tierra. ¿Quién sabe si alguna vez podría volver a hacerlo? Observó con detalle y nostalgia la parte visible de su superficie, suspendida en la inmensidad. Desde la lejanía, aún se asemejaba al lugar que hasta hacía medio siglo había oficiado de morada para el ser humano.

A pesar de sus jóvenes 14 años al momento del abandono, los recuerdos del planeta en que había sido procreado permanecían intactos en su memoria. Añoraba su hogar en Nueva York, aunque sus características distaran de ser las de la ciudad en que habitaran sus antepasados. Una gigantesca cúpula la protegía en sus últimos tiempos del furioso clima (al igual que otras similares lo hacían con el resto de las urbes todavía en pie). Las aguas de los mares ya no eran azules sino negras y furiosas, y no existía otra flora o fauna que la preservada en laboratorios especialmente montados con ese propósito. Pero la prefería, con todos sus defectos, al insípido suelo marciano. El arraigo era más fuerte.

—Hasta pronto, querido planeta... —le dijo en un susurro melancólico, y apartó los ojos.